

# PIROCROMO

## Revista estudiantil

Número 14 / Diciembre 2017

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE AGUASCALIENTES

### DIRECTORIO

Dr. Francisco Javier Avelar González  
*Rector*

Mtro. José Luis García Ruvalcaba  
*Decano del Centro de las Artes y la Cultura*

Mtro. Ricardo Orozco Castellanos  
*Jefe del Departamento de Letras*

Dr. José Trinidad Marín Aguilar  
*Director General de Difusión y Vinculación*

Mtra. Martha Esparza Ramírez  
*Jefa del Departamento Editorial*



Imagen de portada:

**Autor:**  
Jorge Soriano Cáceres

**Título:**  
*Do not Go Gentle into that Good Night.  
Rage, Rage Against the Dying of the Light.*

### PIROCROMO

*Editora:*  
Montserrat González Rodríguez

*Editora adjunta:*  
Xóchitl Barrientos Díaz de León

*Consejo editorial:*  
Alejandro Román de la Torre  
Alberto Sustaita Muñoz  
Elsa Nidia Mauricio Balbuena  
Guadalupe del Rocío Villalobos  
Mayra Patricia Dávila Herrera  
Pilar Alejandra García Ayala

*Consejo consultivo:*  
Luis Roberto Bolaños Godoy  
Adriana Álvarez Rivera  
Mario Antonio Frausto Grande  
Ilse Guadalupe Díaz Márquez  
Ma. Guadalupe Montoya Soto

*Diseño gráfico*  
L.D.G. Genaro Ruiz Flores González  
M. Ed. Gubisha Ruiz Morán

Contacto  
revistapirocromo@gmail.com  
www.facebook.com/pirocromo

\*Pirocromo es una publicación universitaria sin fines de lucro. Todas las obras presentadas son propiedad de sus respectivos autores.

# ÍNDICE

## Editorial

3

## Dossier: Disidentes

### > NARRATIVA

#### Intruso

Aryam Canard

5

*Tupperware® party*  
en casa de Brownie Wise  
Héctor Gabriel Pérez Soriano

8

La república de los cielos  
Luis Norberto Palos Márquez

19

El concierto *underground*  
Alejandro Garigós Rojas

26

Era como yo  
Elizabeth Leguizamó

27

#### La Letra

Lucas Lucatero

32

### > POESÍA

#### Silencio vertical I

Rocío Elizabeth Moreno Márquez

4

#### Silencio vertical II

Rocío Elizabeth Moreno Márquez

18

#### Cruzamos la ciudad en un hilo de sangre

Katía Gabriela de Alba García

24

#### Las heridas de la madre tierra

Héctor Gabriel Pérez Soriano

29

#### Cambio letras por oxígeno

Katía Gabriela de Alba García

39

### > ENSAYO

#### Niños guerreros

Carlos Arturo Conde Hernández

9



# EDITORIAL

Los seres humanos, ¿qué nos hace tan especiales?, ¿qué nos convierte en seres únicos?, ¿es acaso nuestro raciocinio?, ¿la manera en que codificamos el mundo? No todos pensamos o creemos lo mismo. La Tierra está habitada por millones de entes, por ti, por mí y por cada uno de nuestros inalienables pensamientos, por nuestras peculiares opiniones, por nuestra capacidad de formarnos una idea única del mundo, una concepción propia que nos hila a otros, o bien, que nos empuja hacia el camino de la disidencia.

Sí, la disidencia, eso que nos permite trazar rutas propias, expresar desacuerdos y disconformidades, mantenernos fieles a lo que dicta nuestro criterio, a lo que nos define, a lo que pensamos. Disidir es avanzar un paso –o varios, o muchos– más allá de lo que nos imponen las superestructuras; autoexcluir nuestro pensamiento, nuestro “yo”, de todas aquellas categorías rígidas bajo las cuales se nos ofrece el mundo ya construido. Disidir es desmontar esas ideas para reconstruir o forjar nuevas visiones. Se vale disidir porque hoy en día, el mundo, nosotros, todos, necesitamos de los entes peculiares, individuos con esencias y caminos propios, que tengan siempre algo que decir, formas nuevas de pensar la realidad que a veces se nos cierra por el control que otras fuerzas ejercen sobre ella... reclamamos mentes que se expresen, que lo hablen o lo escriban, que no lo callen.

Todos somos disidentes. Tú, por ejemplo, seguramente has difendido de alguna noción, pensamiento o idea, de lo que dice quien está a tu lado o de lo que pronuncian los discursos hegemónicos. Todos hemos sido disidentes, lo somos hoy y lo seguiremos siendo, porque aunque compartamos aspectos ideológicos, nuestras singularidades y matices nos permiten andar por distintas vías; permanecer en diferentes fracciones, con individuos que comparten los motivos de nuestra disidencia; crear nuestro propio colectivo, el espacio donde se pueda disidir.

Entonces, el ser humano, el disidente, ¿qué es capaz de decir?, ¿qué puede mostrarnos? Los DISIDENTES han venido a *Pirocromo* para hablarnos de lo que son, de lo que piensan. Poetas, narradores, ensayistas, fotógrafos y dibujantes tomaron nuestras páginas para gritar, para opinar, para que puedas leer y ver cómo se mueve el mundo a través de su lente y sus palabras. Para que observes cómo se transforma todo ante los ojos de su disidencia.

Montserrat González

# Silencio vertical I

Rocío Elizabeth Moreno Márquez

## Días para llorar

A Manuel Moreno

Esa tarde se alargaba el humo  
amargo del tabaco  
junto a tu andar de *esmithanhueson*  
de las mujeres desnudas,  
mientras yo, la muda, la loca  
que gritaba por dentro  
y un día se colgó,  
comía salitre de las esquinas  
hasta reventarse las entrañas.  
¿Cómo se supone que uno así ame  
al padre?

## Entra a dos metros

A Lulú Corpus

Entre la sombra de los raídos  
el silencio es vertical  
ante la presencia del cadáver  
que traga tierra,  
hay que ir con rabia hacia el abismo  
para ya no saber regresar.  
Ahí donde demonios y gusanos  
devoran los cuerpos reventados de  
miseria,  
deleite de uñas negras  
que hurgan bajo los ataúdes,  
entre ramajes del olvido.

## Orfandad

A Don Dartañán

Su *rigor mortis*  
apuñala mis ojos,  
pulveriza el tacto.

La ausencia  
en su metamorfosis de éter  
desgarra mis venas.

Consuélame,  
lloro como niña  
en tus senos desbordantes.

Tengo hambre desde hace días.  
Déjame lactar  
en tus areolas de azucenas.

Arrúllame para no sentir tus uñas  
hundiéndose hasta el fondo del  
amor.  
Rasga este cuerpo rústico.

Madre,  
regrésame lo que te has llevado.





# Intruso

Aryam Canard

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 7º semestre

Cuando encendí el televisor, mi programa favorito estaba por comenzar, tarareé la canción de inicio, pero duró sólo unos minutos porque el capítulo fue interrumpido para transmitir un mensaje del presidente. Hablaba en un idioma desconocido para mí, sólo lograba entender unas palabras, por lo que mejor presté atención a los subtítulos. Fue difícil no distraerme con el tono verdoso de su piel que combinaba con su cabello rojo. Sonreía de manera exagerada y tocaba su peinado a cada minuto.

El mensaje decía: “Estamos por limpiar el país. Exterminaremos a todo aquel que no porte su credencial de identificación o que no labore en alguna de las empresas de *Corporaciones Tromp-eta*. Para evitar intrusos dentro de la nación, se edificará un muro. No lo olviden, el futuro es hoy”. Terminó con otra de sus sonrisas y guiñó el ojo, lo que provocó que los cabellos de la nuca se me erizaran. El programa de televisión se reanudó, pero ya no logré concentrarme. Una voz en mi mente gritaba: “¡Peligro! ¡Peligro!”. Dejé de perder el tiempo y me puse a trabajar. Tenía solicitudes pendientes para la elaboración de documentos de identidad falsos.

Aquella noche recibí múltiples llamadas. El pánico había crecido entre los indocumentados, algunos lloraban y otros pedían mi ayuda a gritos: ¡necesitaban credenciales de inmediato! Los dedos se me acalabraban de tanto teclear los nombres de esas personas. No había tenido tiempo de pensar en lo que realmente sucedía hasta que comencé a alterarme por la reacción que la sociedad tuvo ante el discurso del presidente.

Miré la hora en el celular y eran las nueve de la noche. Tomé una bebida energética, mis ojos comenzaban a cerrarse, pero cada vez que eso sucedía, pensaba en la cantidad de dinero que recibiría. Timbró mi teléfono. Era un nuevo mensaje de un número desconocido. En la pantalla se leía: “Ten cuidado”. Apagué el aparato.

Las diversas empresas de *Corporaciones Tromp-eta* comenzaron a tapizar las calles con propaganda, invitando a los ciudadanos a trabajar en ellas. El presidente sonreía hipócritamente en aquellas pancartas donde alentaba a formar parte de su sistema. Me pasó por la mente enviar un currículum, ya que trabajar en ese lugar sería una manera de sobrevivir a las bestias que acechaban en cada esquina. Aparté ese pensamiento.

La vigilancia aumentó y cada día era más difícil citar a las personas. Las patrullas estaban en todas partes buscando intrusos y lanzando miradas de muerte cuando identificaban a alguien de color azul verdoso. Presencié unos cuantos arrestos. Los detenidos berreaban y escupían a los policías mientras las personas de alrededor salían huyendo, signo inequívoco de ser un indocumentado. Lentamente el caos se apoderaba de la ciudad, pronto sucedería lo mismo con el resto del país.

Una noche, en el callejón 65, una joven pasó a recoger su credencial; tenía los ojos inyectados de sangre, diversos moretones le pintaban el rostro de azul claro, llevaba los labios de color naranja y un vestido muy corto. Sentí una punzada en el pecho cuando me tomó las manos y, entre lágrimas, me dio las gracias.

El teléfono no dejaba de sonar. Algunos llegaban a mi departamento golpeando la puerta frenéticamente. Me miré al espejo y las ojeras resaltaban mi piel, la barba estaba crecida y mi cabello era color violeta. Esta imagen no sólo era reflejo del trabajo de varias noches sino del terror que sentía, pero que ocultaba al salir a la calle.

Uno de esos días, el material que usaba para la elaboración de credenciales se terminó. Llamé a Carlos, el proveedor, y me dijo que lo recogiera de inmediato. Tomé esa salida como un descanso; aunque en realidad estaba aterrado, intenté mostrarme tranquilo para no caer en la red de pánico en que la mayoría se encontraba. Paré en la cafetería situada a unas cuadras de mi casa y pedí una rebanada de pastel y un café. Le sonreí a Mitchell, la cajera; me gustaba mirar sus ojos color violeta. Charlamos un momento hasta que un policía ingresó mostrando su placa para imponer terror. Así me acordé de las credenciales y de los gritos de las personas que me asechaban por el teléfono y en mi mente.

Estaba a unas cuadras de la tienda cuando recordé haber olvidado el pastel, así que recogí rápido el material. Carlos se notaba asustado, le temblaba una mano. Intenté mostrarme lo más normal posible. “Yo creo que voy a cerrar este lugar y largarme de aquí”, susurró. Asentí y le di las gracias. Encendí un cigarrillo y me fui.

Caminaba de regreso a la cafetería cuando una mano tocó mi hombro. Volteé de inmediato. Dos agentes de cabello azul me mostraron sus identificaciones y en un idioma casi entendible, pero mezclado con el del presidente, pronunciaron:

*You are ustid det-inido, don't se opongo o the consequences serán mayor-ess. We will, umm..., lo arrestaremous y suprimiremous del país, dirigiéndolo to the house of the... de máxima seguridad of your enti-ti-dad...*



# Tupperware® party en casa de Brownie Wise

Héctor Gabriel Pérez Soriano  
Lic. en Diseño Industrial UAA, 7º semestre

*Coloca la tapa hermética,  
presiona en medio y destapa una orilla,  
¿escuchas eso?*

-Comercial de Tupperware® de 1961

Es el último suspiro de un estofado de recuerdos encarcelados en un bote de yogurt que está en el fondo del refrigerador. Inevitablemente las sobras quedarán invadidas de hongos o, al caerse, el recipiente se abrirá cual caja de pandora, manchando la cocina de olores penetrantes.

“¿Estás harta de limpiar cada vez que esto pasa? ¿De guardar todo en frascos de mayonesa o en un bol con un plato encima? ¿De tirar a la basura las sobras de la cena? ¡Ya no te preocupes más! Te invito a mi hogar a las seis de la tarde y ahí te daré la solución a tus problemas”.

Amas de casa vestidas con sus mejores prendas escucharon lo que la recién divorciada Brownie decía:

“¿Están hartas de que su cocina huele mal porque todo lo que guardan en el refri perfuma, como incienso, el templo que es su hogar? Les enseñaré estos productos maravillosos que encierran sabores y olores, que mantienen la ensalada de anoche fresca y los jugos de la carne en su lugar. ¡Lo mejor de todo es que duran toda la vida!”.

Cada dama hizo su pedido y regresaron a un hogar lleno de amor, donde sus maridos, un poco ebrios, las esperaban para que hicieran la cena y entregaran sus cuerpos en bandeja de sábanas.

“¿Estás cansada de sostener el hogar que a tu marido le encanta pisotear? ¿Harta de ser esclava de tu casa? ¿Harta de lavarle los pies con tu cabello? Los productos Tupperware® duran toda la vida, tu marido no. Divórciate, organiza una fiesta en tu casa y vende Tupperware®”.

# Niños guerreros

Carlos Arturo Conde Hernández

Egresado de la Lic. en Psicología UV y de la Lic. en Filosofía UAEM

—[...] *Los niños no hacen la guerra.*

—[*Bingwen, de ocho años de edad:*] *¿De veras?*

*¿Quién lo dice? ¿Hay algún libro de reglas infantiles que no conozco?*

*Porque llevo haciendo la guerra toda mi vida.*

—S. Card y A. Johnston, *La Tierra en llamas*

Casi siempre se cree que a los niños hay que protegerlos de las duras realidades de la vida, de temas como el sufrimiento, la muerte, el odio y la violencia. Todo esto se les intenta ocultar, ¿pero es eso posible hoy en día o ha sido posible alguna vez?, ¿ha habido algún niño que no las tuviera que enfrentar? Por otro lado, ¿por qué creemos que hay que protegerlos?, ¿qué consecuencias tienen sobre ellos? Y por último, ¿cómo podemos realmente escuchar a los niños para entender lo que ellos viven y lo que quieren decir?

PIROCROMO

9

#14 DISIDENTES

## ***Orfandad***

*¿Toda infancia es feliz?*

En una entrevista, Juan Rulfo habla de su infancia y la de muchos niños de hoy, así como de los efectos que la guerra y la falta de acceso a la palabra tienen sobre ellos:

—¿Vive usted regresando a aquella época?

—Sí. Es que... No crea, yo no viví una infancia muy feliz. Viví una época muy violenta. Después de la Revolución quedaron muchas gavillas, bandas, que entraban al pueblo a matar, a robar. Mi casa estaba habitada por una familia numerosa. De los seis a los doce años sólo vi muertos en mi casa. Asesinaron a mi padre, a los her-

manos de mi padre, a los abuelos: era una casa enlutada. El ámbito era de agitación y violencia. Pero de niño no lo comprendí. Eran... llamémosles tragedias [...].

—Así es la infancia de muchos niños que hoy viven sin pan, sin techo, sin apoyo en la ciudad, ¿qué pasa con esos niños?

—Quedan traumatizados.

—¿Y cómo pueden expresarse?

—Eso es lo difícil.

—¿Y los que no pueden expresarse?

—Quizá no tuvieron vocación.

—¿Qué pasa con ellos?

—Muchos se hacen asesinos, otros ladrones. Se les rompe la sensibilidad. Se endurecen. Para ellos la vida es dura y ellos son duros.

En un mundo en el que los niños son obligados a combatir y a participar en batallas de diferentes tipos, es cada vez más difícil sostener la ilusión de que la infancia es siempre una etapa de felicidad, alegría y amor.

Diferentes películas y libros muestran la realidad de la implicación de los niños en conflictos, ejemplos de esto son: *Voces inocentes* (2004), *Ciudad de Dios* (2002), *La ciudad y los perros* (1985), basada en el libro del autor peruano Mario Vargas Llosa, y *El diario de Ana Frank* (1959-1960), película inspirada en el libro con el mismo nombre, durante la Segunda Guerra Mundial. Algunos son forzados a combatir, otros sufren los efectos y otros tienen que librar batallas personales no menos encarnizadas que cualquier lucha armada.

### *¿Para qué sirven los niños?*

Jonathan Swift' en "Una modesta proposición para evitar que los hijos de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres y patria", hace que el personaje-autor del texto proponga que los pobres de Irlanda críen niños y los vendan a los ricos para cocinarlos —afirmando que su carne es deliciosa y muy nutritiva—, enumerando todas las ventajas de ese acuerdo comercial para ambas partes y para la sociedad en general. Humor negro, sí, pero una de sus virtudes es confrontarnos con aspectos oscuros que subyacen en nuestra sociedad.

La Biblia, en el Salmo 127 (126) “Abandono en la Providencia”, dice:

La herencia de Yahvé son los hijos,  
su recompensa el fruto del vientre;  
como flechas en manos de un guerrero  
son los hijos de la juventud.  
Feliz el varón que llena  
con esas flechas su aljaba;  
no se avergonzará cuando litigue  
con sus enemigos en la puerta.

En tiempos difíciles, de guerra y de verse en la necesidad de defenderse a sí mismo, a la propia familia o al clan, los hijos podían ser la diferencia entre vivir y morir, ser esclavizados o libres, por eso se les consideraba herencia y recompensa de Dios.

¿Cómo había que formar a los niños para hacerlos combatientes? Tal vez cuando se trataba de la lucha por la supervivencia, por una vida libre de opresión y sufrimiento, no era necesario ningún adoctrinamiento debido a que todos estaban dispuestos o se veían forzados a luchar para defenderse.

Pero, ¿qué pasa cuando lo que está en juego no es la vida, la libertad o el sufrimiento, sino ciertos valores privilegiados? Se hace necesario un adoctrinamiento desde que son niños, una de cuyas claves es la conformidad y la aceptación acrítica de esos valores, los cuales no se pueden cuestionar ni criticar, es decir, es preciso que desde niños la palabra no tenga valor.

### *Niños sin palabra*

Beatriz Alcubierre Moya habla de “la infantilización del niño”, esto permite hacer una distinción esencial: niño no equivale a infante. Niño es una persona de poca edad, infante es quien no tiene uso de la palabra. No sólo un niño puede ser infantilizado, también los adultos –sucede todo el tiempo– y, asimismo, no todo niño carece del uso de la palabra. Alcubierre se remite a Walter Benjamin y refiere que éste criticó:

[...] la actitud condescendiente con que la sociedad burguesa observaba al niño, sometiéndolo a la supervisión constante del adulto, afanándose en oprimir su creatividad y despojándolo de aquella experiencia vivida. *Deshumanizándolo*, en breve, a partir de los modelos de educación, socialización, producción y consumo propios de la sociedad contemporánea.

De igual forma, la autora añade que “al señalar el dominio encubierto por parte del adulto, que pretende homogenizar la experiencia del niño, anulando de paso su autonomía, Benjamin desafió la concepción generalizada de la niñez como un estado de debilidad natural, exhibiéndola como un gesto más o menos reciente de la burguesía industrial”.

También se apoya en Philippe Ariès, quien “evidenció la relatividad histórica del concepto [de infancia], [mismo] que se transformó dramáticamente de una época a otra, cobrando una enorme importancia durante el periodo moderno”; es decir, mostró que la niñez, tal y como se la entiende actualmente, es una noción de la modernidad y que no siempre se ha visto a los niños de la misma manera. Este concepto fue construyéndose:

[...] a través de una red de dispositivos discursivos e institucionales, cuya expresión práctica fue el control obsesivo del cuerpo, la mente y el espacio de los niños por parte de los adultos (padres, clérigos, maestros, pedagogos, médicos, militares, funcionarios, psicólogos, editores, comerciantes y un largo etcétera).

### *Infancia*

Etimológicamente, infante significa “el que no habla”, remite a la incapacidad de hacer uso de la palabra, por eso se llama así a los niños pequeños que aún no saben hablar y, por extensión, a todos los niños. Esto genera consecuencias: se suele tratar a los niños como personas que no tienen uso de una palabra digna de ser escuchada. Sus ocurrencias causan gracia, se alaban condescendentemente; a ellos se les reprime y somete a regaños y prohibiciones. En fin, al niño casi nunca se le escucha.

Esto no sucede sólo con los niños. Giorgio Agamben dice que “así como fue privado de su biografía, al hombre contemporáneo se le ha ex-



propiado su experiencia: más bien la incapacidad de tener y transmitir experiencias quizás sea uno de los pocos datos ciertos de que dispone sobre sí mismo”. Pero con los niños esta expropiación ocurre en un grado muchísimo mayor.

Agamben se remite a Michel de Montaigne para hablar de una experiencia no expropiada y que “se mantiene fiel a esa separación de la experiencia [en términos modernos] de la ciencia, del saber humano y del saber divino. Es precisamente una experiencia del límite que separa ambas esferas. Ese límite es la muerte”.

¿Los niños no son tocados por la realidad de la muerte?, ¿no les angustia? Aun, ¿es necesario ocultárselas? Al hacerlo, ¿se les está protegiendo o se les está infantilizando, haciéndolos más controlables y manipulables?

No sólo en la antigüedad los hijos servían para combatir, lo mismo sucede actualmente con los niños que son reclutados como soldados. Algo similar pasa en los países que mandan a sus jóvenes a la guerra antes de que puedan votar o participar en la vida política, es decir, antes de que puedan hacer uso de su palabra en este ámbito.

Y no sólo en la antigüedad se usaba a los niños para trabajar, esto sigue ocurriendo en mayor medida de lo que se piensa, también para fines de comercio sexual, actividades delictivas como el narcotráfico o para cometer asesinatos, entre otras. El actual sistema económico, político y social también utiliza a los niños para reproducirse a sí mismos, al entrenarlos para ser trabajadores, consumidores, entre otros.

### *El niño guerrero*

¿Sólo los niños en situaciones de guerra libran batallas? Recientemente han surgido películas y libros que se centran en niños que combaten y realizan misiones que los ponen en riesgo. Algunos ejemplos son *Kirikú y la bruja* (1998), *El viaje de Chihiro* (2001) y *El juego de Ender* (2013). Están, además, las sagas juveniles como: *Los juegos del hambre* de Suzanne Collins, *Divergente* de Verónica Roth, *Maze Runner* de James Dashner y *Canción de hielo y fuego* de George R. R. Martin. Para estos personajes, la situación respecto a los niños no es tan distinta de la que se trata aquí, además que éstos también suelen participar como personajes secundarios.

Uno de los más sorprendentes es *La habitación*, película que, aunque no está ligada directamente con el tema de la guerra, sí aborda una



*No te sueltas*, Gabriela Alcolea González.

situación de peligro de muerte ante la cual un niño, Jack, de cinco años, tiene que realizar una misión (no es exagerado llamarla así). Jack ha vivido toda su vida en un cuarto muy pequeño, con su mamá, quien es presa de un violador.

Ella le crea un mundo en esa habitación para que pueda crecer lo mejor posible. El peligro aumenta en su entorno y ella se ve orillada a lanzar a Jack a una misión. Su realidad cambia y se le obliga a transformar su visión del mundo. Una vez librada la batalla y estando ya en el exterior, se le quiere encasillar en ese nuevo mundo, adaptarlo, infantilizarlo; pero también hay quienes escuchan en verdad a Jack, pues él no será un niño sin uso de la palabra, sino un guerrero que luchó por ésta y la conquistó.

El libro es una variación del mito de la caverna de Platón, con la diferencia de que toma en cuenta la dimensión de lo que implica romper las cadenas de la infancia por medio de la lucha, con riesgo de muerte, y lo que significa también acceder al uso de la palabra.

### *La conquista de la palabra*

El diálogo es una de las habilidades más notables que el milagro griego creó, fue la posibilidad de hacer uso de la palabra para quien no era rey, sacerdote, sacerdotisa o poeta. Éstos tenían el poder de la palabra de verdad, la palabra que era verdad por sí misma al estar inspirada por los dioses. Marcel Detienne señala que el diálogo surge entre los guerreros:

Por absoluto que sea el imperio de la palabra mágico-religiosa, determinados medios sociales parecen haber escapado a él. Desde la época más remota están en posesión de otro tipo de palabra: la palabra-diálogo. Estos dos tipos de palabra se oponen en toda una serie de puntos: la primera es eficaz, intemporal; inseparable de conductas y de valores simbólicos; privilegio de un tipo de hombre excepcional. Por el contrario, la palabra-diálogo está secularizada, complementaria de la acción, inscrita en el tiempo, provista de una autonomía propia y ampliada a las dimensiones del grupo social. Este grupo social está constituido por los hombres especializados en la función guerrera. Cuyo estatuto particular parece prolongarse

desde la época micénica hasta la reforma hoplita que señala el fin del guerrero como individuo particular y la extensión de sus privilegios al ciudadano de la *Ciudad*. En el plano de las estructuras sociales como en el de las estructuras mentales, el grupo de los guerreros ocupa, en efecto, un lugar central y excepcional. Por una parte, ya no cubre al grupo familiar más que al grupo territorial: los guerreros están repartidos en clases por edad y agrupados en hermandades. Quedan vinculados entre sí mediante relaciones contractuales, no por vínculos de sangre o parentela. Por otra parte, el grupo de los guerreros se singulariza por sus comportamientos y técnicas de educación. Como así lo atestiguan las sociedades dóricas, los guerreros sufren unas pruebas iniciáticas que aseguran su cualificación profesional, consagran su promoción social y definen su vocación a la muerte, lo que les distingue radicalmente de los vivos.

Entonces, lo que permite conquistar la palabra se relaciona con ciertos rasgos de los guerreros: la acción; la experiencia de la muerte y el peligro; una iniciación que incluye el reconocimiento de la experiencia y la recepción en una comunidad en que son escuchados.

¿Qué sorpresas nos depararía preguntarle a los niños cómo es su vida y escucharlos en verdad? Los niños guerreros de los que se ha venido hablando logran esta conquista por sus propias experiencias, con la excepción de que en ocasiones se les escucha sin el menor respeto.

Esta situación está cambiando: los mitos que envuelven como telarañas a los niños están cayendo, aunque lentamente, y el respeto a su voz y a sus experiencias está aumentando. Con suerte, en los años por venir veremos cada vez más y más niños guerreros, tanto en el arte como en la vida, y también habrá cada vez más adultos dispuestos a escucharlos, puesto que también son compañeros en la ardua batalla de vivir.

## Epílogo

Una vez terminado este escrito y después de reflexionarlo, me doy cuenta de que, en cierta forma, estoy cayendo en una de las mismas cosas que critico: la falta de respeto a la palabra de los niños. Como el reconocimiento de los propios errores es parte importante del pensamiento, decido no corregir esa falla sino hacerla patente.

Cuando digo que hay que escuchar con respeto la palabra de los niños, olvido que también hay que ganarse su respeto. Si algunos de ellos son guerreros en la ardua batalla de vivir, tanto como lo son algunos adultos, también ejercen el poder de no guardarle respeto a quien no se lo merece, a quien no se lo ha ganado ante ellos. Y hacen bien. A fin de cuentas, ¿por qué debería un niño guardarle respeto a un adulto sólo porque es adulto?

### **Fuentes de consulta**

- Agamber, Giorgio. “Destrucción de la experiencia y origen de la historia”. *Infancia e historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2007. 7-17. Impreso.
- Alcubierre, Beatriz. “La infantilización del niño”. *Figuras del discurso; exclusión, filosofía y política*. Ed. Armando Villegas et. al. Bonilla Artigas ediciones y UAEM, 2016. 2-4. Impreso.
- Aries, Philippe. *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Madrid: Taurus, 1992. Impreso.
- Biblia de Jerusalén*. Ed. Desclée de Brouwer. 2004. 57. Instituto de pastoral bíblica. Web. 14 junio 2017.
- Detienne, Marcel. *Los maestros de verdad en la Grecia arcaica*. Madrid: Taurus, 1983. 87-88. Impreso.
- Ponce, Armando. “Mi generación no me comprendió”. *Proceso: Cien años de Juan Rulfo*. 2017. 14-15. Impreso.
- Swift, Jonathan. “Una modesta proposición para evitar que los hijos de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres y patria”. *10 maestros del humor negro*. Ed. Oscar Balmayor. Barcelona, Bruguera, 1977. 9-19. Impreso.

# Silencio vertical II

Rocío Elizabeth Moreno Márquez

## Palabras

A Alejandra Pizarnik

Le hablo  
a la que se arrancó la piel,  
luego la tragó  
hasta vomitar el yo  
a la niña muerta del jardín.  
¿Qué le hiciste al don de la pala-  
bra?  
Lo convertiste en huesos  
y como avara los arrastraste  
hasta tu tumba,  
y yo me entrego  
a la poesía de tus muertos  
en la muda de mi lengua.

## Blues para resucitar

A Alejandra Pizarnik

Puedes gritar,  
bramar o rasgar las cuerdas,  
puedes cantar el *blues*  
más triste.  
Y tal vez la negra ave resucite.

## Infierno

Allá abajo  
le prendí fuego a mi sangre  
desoculté de los ojos de Dios  
aquella lápida que aguardaba mi  
nombre,  
fui la ave negra  
que con su aleteo moribundo  
buscó tragarse los ojos de Barra-  
bás,  
la poeta maltrecha  
que con un cuchillo cortó  
la tinta de su pluma  
y masacró la yugular en una pa-  
labra.  
Digo ahora, así como mis ojos mi-  
raron  
derrumbarse la torre de la lengua  
yo también he de caer  
en un ocaso sangriento.



# La república de los cielos

Luis Norberto Palos Márquez  
Lic. en Letras Hispánicas UAA, 7º semestre

Con la mirada atenta hacia el cielo, rememoró el día en el que fue creado de luz y se le insufló vida con el aliento del Creador en los albores del tiempo. El más bello de todos los seres de cuantos fueron creados por el Padre: Lucifer, el portador de la luz. Fue un honor recibir tan grandes dones; gozaba de belleza, ligereza y elegancia; inteligencia, astucia y gracilidad. Tenía grandes habilidades discursivas y hechizaba con sus palabras a cuantos se paraban a escucharlo, pero sobre todas las cosas, fue bendecido con el don de la sabiduría, gracias a su habilidad para callar y observar, para emitir juicios basados en la reflexión y conocimiento de todos los puntos de vista.

Desde su concepción observó las actitudes del Creador; al principio quedó maravillado por su conocimiento y poder, lo admiraba con fervor, y en ningún momento del día podía estar lejos de él sin sentirse incompleto. Ansiaba conocerle más, servirle mejor, agradecerle lo suficiente, y se moría de emoción al ver cómo el Padre se sentía alegre con su presencia más que con la de los otros ángeles. Sin embargo, un día se sintió extrañado cuando se dio cuenta de cómo el Creador no le tenía confianza, pues Raziel, el arcángel custodio de los misterios de Dios, le reveló que el Hacedor tenía previsto crear a unos seres a su imagen y semejanza, con bellos cuerpos materiales y dotados de inteligencia. Lucifer sintió un hervir de celos y confusión. Al no saber por qué su Padre le ocultaba esa información, se puso a reflexionar: los ángeles debían servirlo y adorarlo siempre; pensó en los ángeles sosteniendo su trono, cantando alabanzas en su nombre; era más que un progenitor para ellos, era un rey, un dios, era su todo. Lucifer se vio a sí mismo y, a pesar de las diferencias, no encontró algo que demeritara su físico, su inteligencia o sus talentos; el Padre no era para nada superior a sus criaturas, era igual.

No comprendía por qué no hablaba de sus planes con los demás. Si la obra del Creador era perfecta y estaba dotada de libre albedrío, ¿por qué sus votos y opiniones eran dejadas de lado? Entre más le daba

vueltas, menos lo entendía. Armándose de valor, preguntó al Padre por su nuevo propósito, pero Él, sorprendido de que supiera esa información, no quiso contestar y se limitó a decirle que llegado el momento los ángeles también servirían a estas criaturas, que serían llamados hombres, pues estaba previsto que éstas heredaran la magnificencia de su Hacedor. “¿Pero por qué habré de servirles yo, el más hermoso e inteligente de todos los ángeles del cielo?”, preguntó Lucifer, incrédulo ante la perspectiva de ser el sirviente de alguien. El Creador entró en cólera y después intentó hacerle confesar quién le había revelado tal secreto. A pesar de que Lucifer se negó a delatar a su hermano, para Dios no fue difícil descubrirlo y castigó severamente a Raziel, dejándolo sin voz para que no fuera capaz de compartir nunca más sus secretos.

Un día, la mayoría de los ángeles se encontraban descansando en torno a un árbol que crecía en medio del Jardín del Edén, al cual el Padre llamaba el árbol de la vida, de cuyo fruto había prohibido comer a todos los ángeles, pues al hacerlo corromperían su existencia transformándolos en seres corpóreos. Lucifer aprovechó la situación para hablar con sus hermanos. El ángel mayor llamó su atención. En un principio se sintió aterrorizado al estar a punto de compartir sus pensamientos con los demás, pero al advertir cómo lo observaban con tanta admiración, sintió el deber de sacarlos de su ignorancia y hacerlos partícipes de su sueño. Así que habló.

Les explicó cómo ellos eran seres ligeros y gráciles; hermosos e inteligentes; dulces y poderosos; y que tenían el mismo derecho a gobernar el Paraíso como creaciones del Padre. Esperó las reacciones, y la mayoría de sus hermanos y la mayoría se mostraron contrariados, en especial Miguel, el ángel que con más intensidad mostraba su amor y fidelidad a su creador: “¡Estás loco! No hay nadie igual que el Padre, no digas herejías”. Pero Lucifer siguió intentando convencerlos, les mostró una y otra vez ejemplos de cómo no eran más que sirvientes del Padre, que realmente el albedrío del que alardeaba no existía, pues todo estaba condicionado a su voluntad. Poco a poco, Lucifer fue abandonado por sus hermanos, quienes huían atemorizados al suponer que el Creador pensaría que simpatizaban con sus ideas. Otros cuantos más, los menos, se quedaban escuchando a Lucifer, pues de pronto en ellos parecía haberse posado el espíritu de la conciencia del bien y el mal, y se daban cuenta que aquello que consideraban bueno, no lo era, que jamás había lugar para lo que ellos querían o sentían.

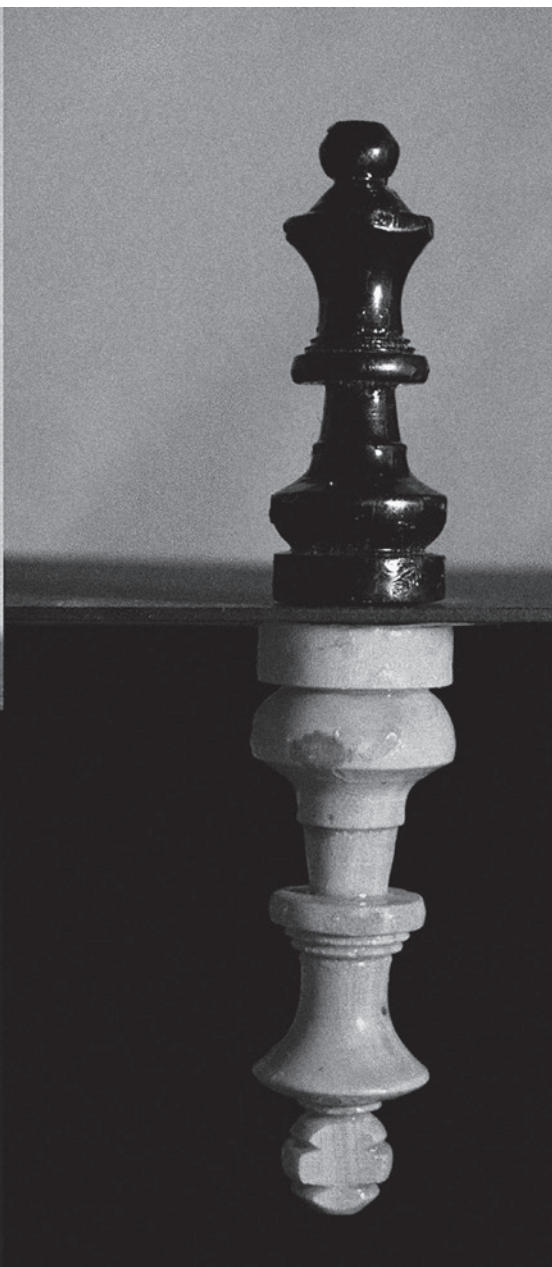
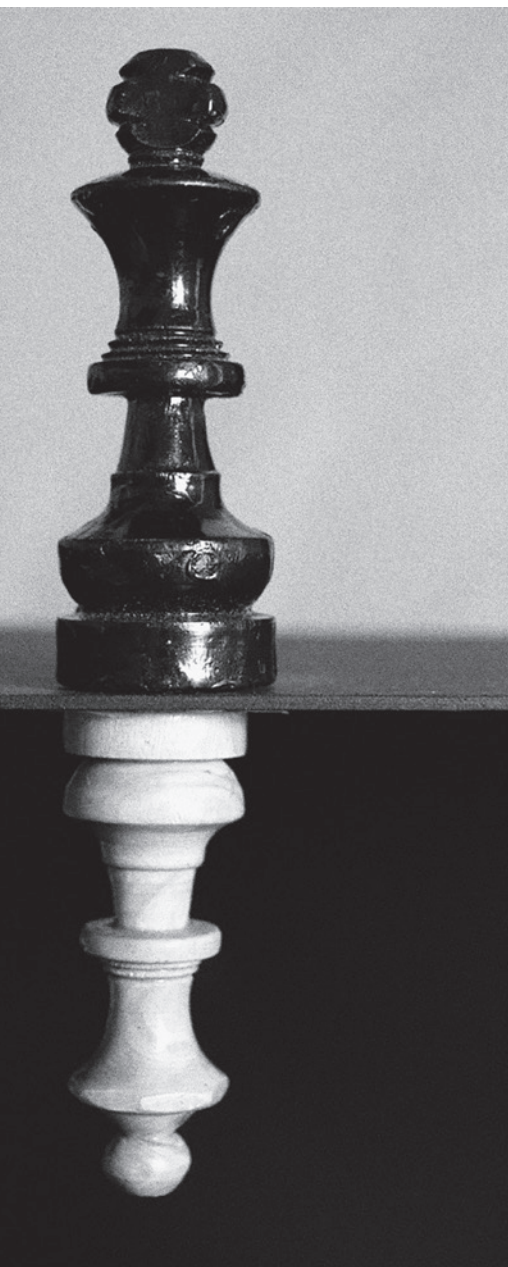


Así que Lucifer armó un pequeño grupo con el que conversaba frecuentemente en soluciones para restarle poder al Padre, además de otorgarle mayor libertad y voto a los ángeles en el Paraíso, pues de ellos era también hogar el Reino de los Cielos. Se procedió a hablar con el Padre de manera tranquila y cordial, intentando razonar con Él para convencerlo, pero Dios no sólo se negó, sino que entró en cólera y los hizo callar, amenazándolos con el exilio si seguían con esas ideas, en especial le advirtió a Lucifer, pues decía amarlo mucho. Sin embargo, el ángel no se dejó amedrentar, y al ver que era imposible proceder pacíficamente, inició una guerra en el Cielo con el objetivo de pelear por una democracia donde todos tuvieran voz y voto.

La rebelión fue aplacada fácilmente; ni un tercio de los ángeles del Cielo pudieron contra los poderes del Creador y de todos los demás ángeles dirigidos por Miguel, ascendido a general de las fuerzas angélicas. Lucifer, su líder, recibió el peor de todos los castigos, lo obligaron a comer del fruto del árbol de la vida y adquirió corporeidad. Ése fue su castigo. Su sueño de ser igual que el Padre terminó en pesadilla cuando las maravillas de los seres materiales le cobraron factura y fue torturado frente a todos los ángeles, tanto los rebeldes como los fieles al Señor, para que vieran su justicia y no se rebelaran contra él. Dios observaba todo con frialdad desde su Palanquín sostenido por ángeles, y con una sonrisa de suficiencia miraba retardadamente a todos los ángeles.

A Lucifer le rompieron los huesos de las extremidades entre gritos de dolor, de agonía, pero él no pidió perdón como exigían todos los ángeles a su alrededor, incluso sus aliados, que en ese momento se arrepentían de haber comenzado una rebelión en contra de su Padre. Lo apedrearon entre todos los ángeles, él se retorció intentando esquivar las rocas, pero eran tantas que muchas terminaron golpeando contra su cuerpo y cortándole la piel. Le tomaron las alas y se las torcieron, fracturando cada uno de sus huesos, dejándolas inútiles.

La humillación de ser expuesto frente a todos aquellos que alguna vez lo habían admirado era lo peor, hasta que lo arrastraron por el suelo; sin duda alguna, la más grande degradación nunca hecha a un ángel, pues sus cuerpos jamás debían tocar el suelo, y declararon la punta del castigo: el exilio. Sintió el mayor terror de su vida, incluso más que cuando comenzó la rebelión. Por un momento pensó en rogar clemencia, pero se quedó callado para evitar el vasallaje que eso le acarrearía. Los demás ángeles rebeldes también fueron condenados. Muchos de los que



*Duplicidades*, Itandehui Tapia Colunga.

se habían declarado sus fieles seguidores en ese momento lo voltearon a ver con vergüenza, asco y terror. Y todo eso lo tuvo que soportar en silencio mientras se dirigían a las puertas del Paraíso, ubicadas frente al Jardín del Edén.

Su sangre llenaba el campo y se mezclaba con los tonos verdes de la vegetación. Observó irguiéndose frente a él, al árbol de la vida, majestuoso, enorme; el fruto que había comido y por el que había sufrido todo ese calvario. Su sangre seguía regando el pasto y se sintió estremecer cuando vino ante él una visión.

Vio nacer un árbol, ahí donde su sangre había manado hasta el fondo de la tierra, uno que brotaría con su peligroso don. Sería incluso más poderoso que el árbol de la vida, y sería denominado del “bien y el mal”. Vio a una mujer, la creación del Padre, frente a su árbol, hablando con la serpiente, el más astuto de todos los animales del Edén. Esta última le platicó cómo se abrirían los ojos del hombre si comía del fruto del árbol, y cómo se harían semejantes a Dios en sabiduría y poder. Veía cómo la mujer, muerta de curiosidad y quizá seducida por la ambición —como serían todos los de su futura estirpe—, probaba del fruto y empezaba a sentir los primeros esbozos del maravilloso don del árbol. También pudo observar a la mujer tentando al primer hombre a probar el fruto y cómo estos dos se dieron cuenta de su condición y, avergonzados, cubrieron su desnudez cuando se acercó el Creador. Pero sobre todo, vio al Padre con el semblante colérico al descubrir que su más grande creación había desobedecido la orden de no comer del árbol del conocimiento, del bien y el mal. Y por último, vio el castigo y las consecuencias que traería. Fue lo único que hizo soportable la caída de seis días al Infierno mientras escuchaba los alaridos, más de terror que de dolor, de los demás ángeles rebeldes.

Le aterraba la idea de haber perdido el Paraíso, pero estaba lleno de esperanza, pues había dado un don a los hombres y llegaría un punto en el que ellos también pondrían en duda la veracidad y justicia del Padre.

Tiempo después, cuando su visión se hizo verdadera, se permitió sonreír al ver al primer hombre y a la primera mujer abandonar el Edén; se sentía identificado y tenía el corazón comprimido por su situación. Se sintió dichoso y satisfecho, porque cuando llegara el momento tendría un ejército en su reino con el que derrocaría a la monarquía en el Paraíso e instauraría una república de los cielos que velaría por los deseos de todos.

# Cruzamos la ciudad en un hilo de sangre

Katia Gabriela de Alba García  
Lic. en Ciencias del Arte y Gestión Cultural UAA, 9º semestre

En la ciudad de los dioses el tejado da lástima.  
Los techos rosas, amarillos, verdes.  
Pongo la mirada hacia mi ventana izquierda,  
en mi transporte de diecinueve pesos,  
junto a mi compañera de asiento tasada en treinta mil.

En la urbe de los sacrificios hay espectaculares de reclutación  
de esquizofrénicos:

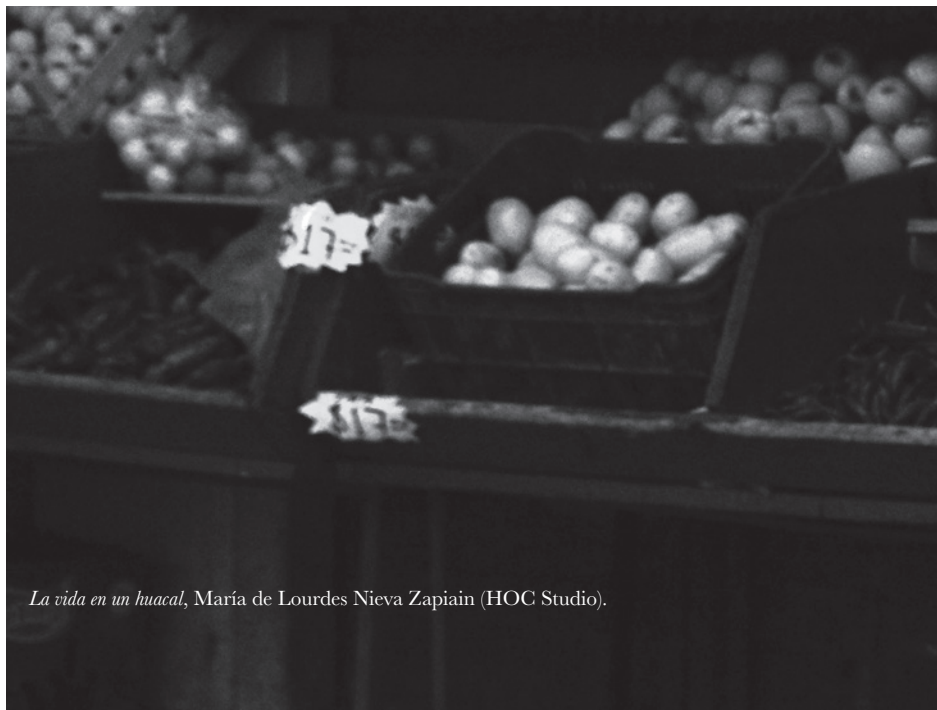
blancos,  
negros.

Hay vida en la gramática alienada,  
en el verbo, más que en el sujeto.

PIROCROMO

24

#14 DISIDENTES



*La vida en un huacal*, María de Lourdes Nieva Zapiain (HOC Studio).

La capital de los dioses y sacrificios está expuesta,  
por eso voy y vengo sobrevolando la desdicha,  
por eso las paredes son política y prometen un cambio.

La población entre los dioses es régimen,  
sacrificio y marginación.  
Todo es árido,  
por eso la ciudad tiene alarma de sequía,  
por eso en Texcoco el agua desaparece a las once.  
En los campos, la tierra remolinea a los cuerpos,  
el indefenso traga tierra,  
inhala partículas de locos, de mi rastro flemático,  
pero inevitable,  
y el astuto cierra la boca,  
pero aspira polvo.

En la ciudad de dioses se aprende a sostenerse  
o se llena los pulmones de patria,  
porque ya no existe la divinidad,  
porque todos suplican entre dientes:  
yo no sé rezar y por eso escribo.



# El concierto *underground*

Alejandro Garigós Rojas

Lic. en Letras Españolas UG, 9º semestre

**E**n los suburbios tiene lugar un evento magnífico, fascinante como los motines en los reclusorios y las malformaciones genéticas: el concierto *underground*. Salen de las cloacas jóvenes con mechones en pico, vestidos de cuero y mezcilla rota, adornados con cadenas, tachuelas y estoperoles vistosos. Para unos más radicales, la originalidad es su marca en la metrópoli. Bebedores empedernidos, sucios, rudos, a veces violentos, reclaman la anarquía como bandera y aunados a la tosquedad de prendas antimilitares visten la escocesa tela de la rebeldía. Son *punks*: creativos, desertores insumisos ante toda autoridad y los artistas de la basura. Las múltiples insignias suelen confundirse hasta hacerlos tremendamente visuales. Aunque sediciosos hasta límites extremos, la organización vibra en sus planes de tribu urbana.

De otros caminos, cuerpos delgados con ropas que evocan lo antiguo salen de las sombras de fábricas abandonadas a la luz moribunda. Son herederos de la poesía maldita, portadores del arte, conocedores de la arquitectura gótica, silenciosos, con alta conciencia sobre la muerte y la belleza, llevan como antorcha la tradición del vampiro. *Goths* son llamados. Visten terciopelo, gargantillas, argollas y faldas medievales con aristocráticos olanes, excéntricos, se maquillan, perforan sus rostros, combinan lo sacro de la cruz cristiana con lo erótico y moderno del látex o la elegancia de la gabardina romántica. Para sus glamorosas reuniones prefieren los cafés, los bares de quinta o el exterior de las altas catedrales.

Vienen de todas direcciones a la redonda, motorizados, en grupo o solitarios, directo de sus casas ocupadas, de sus centros sociales; prestos a volar con el humo del hachís, con el vapor del solvente, bailando frenéticamente en borracheras que terminan en vómito. Ellos se mezclarán y abrazarán nuevos intereses dando origen a grupos que proclamarán su autonomía ante las químéricas sociedades.

Es el festival subterráneo de la insurrección civil, el encuentro del pensamiento radical y la moral alterna del “hoy por hoy”, del “aquí y ahora”. En él se intercambian grabaciones, prensa y fluidos en encuentros sexuales fortuitos. Es el espectáculo de la extravagancia capitalina, de la muy normal juventud a mitad de los años ochenta.





# Era como yo

Elizabeth Leguizamo  
Lic. en Letras Hispánicas UAA, 7º semestre

**M**i mamá decía que H era como yo, pero por más esfuerzo que hacía, mi memoria lo recordaba así como estaba. Aunque “estar” sólo era un decir, porque la mente le navegaba por el hilillo de saliva que le chorreaba de la boca entreabierta. Su camisa escurrida y sus carnes desparramadas en la silla de ruedas sugerían que su conciencia era un charco en el piso de la sala. Me parecía que esas manchas color ocre que mamá limpiaba eran recuerdos, porque a pesar de su condición, él no era tonto como todos pensaban. A veces, incluso, me daba la sensación de que H nos había engañado.

Me gustaba imaginar que su boca, permanentemente abierta, era un señuelo falso; una distracción en apariencia insignificante. Comencé a descifrar cómo se movían los diferentes aires alrededor de su cuerpo inmóvil. Puse atención a su mirada y aprendí que le dolía escuchar ciertos temas, lo notaba en sus ojos que se retraían y brillaban menos. Creo que recordaba momentos tristes que se convertían en agua. Agua que salía sucia después de lavarle las entrañas.

Mamá no se enojaba por los accidentes; iba y venía con el trapeador, la cubeta y el limpia pisos, sin irritarse. Ya estaba cansada, pero lo quería. Se apresuraba a bañarlo antes de que se le endurecieran las manchas y oliera feo. No quería que su hijo se ensuciara por fuera de aquello que le escurría desde dentro. Llegué a pensar que, al final, ella también enfermaría, pero de locura, porque a veces percibía voces que parecían estar luchando en el abismo de su cuerpo.

Siempre le justificó a H lo que sobrevino con su enfermedad, porque de eso ella sí era culpable. “Fue un accidente, hijo, a muchos les pasa”. Lo cierto es que sí, hay muchos como H allá afuera, pero ninguno está así por voluntad, sino por la intervención de ellos. “Los doctores dicen que es mejor así. Aquí te cuido, aunque no muevas una pestaña ni me abras. Hubieras vivido tu vida y ya, qué te costaba, siempre hicimos eso en esta familia. No digas nada. No te esfuerces. O mejor sí, aunque sea voltea a verme. ¿Sabes qué es lo peor? Que los otros se están muriendo; es el destino de los enfermos porque el gobierno no puede curarlos a todos. Al menos yo puedo pagarte el tratamiento. Dijeron que

con esto ibas a estar controlado. Estás, como en piezas, pero estás. Y así te quiero”, se respondía sola. Él se encogía en un silencio engañoso y arriba de su boca muda, olvidada por los médicos, ocurrían cosas. Por los ojos todavía se le filtraba un resquicio del mundo.

Varias veces le pregunté a mamá sobre el padecimiento de H, pero se le hacían lagunas en los ojos; yo no quería que también a ella se le salieran los recuerdos y dejé de interrogarla. Mejor guardaditos; quizá con el tiempo me los entregaría sin que se le hicieran agua.

Un día me vio esculcando las enciclopedias y se emocionó; creyó que estaba buscando a Dios. No la desmentí. Luego supe que no temía que yo indagara, porque de todos modos no iba a obtener información. Los libros sólo hablan de lo que necesita el hombre para andar por el camino del bien, ése que fue dibujado por el dedo que vivió antes que cualquiera. H y yo tuvimos la desgracia de haber nacido mucho después y no pudimos observar cosa semejante. Tampoco íbamos a entenderlo porque era un tema divino para nosotros.

Alimenté su idea con mi buen comportamiento y me gané su confianza. Pasado un tiempo me cedió la responsabilidad de inyectarle a H su medicina. Para entonces ya había comprendido más o menos lo que sucedía. Aunque todavía no tenía el nombre exacto del padecimiento, decidí que H quería morir. Prefería eso a ver cómo se le iba saliendo la vida de los ojos. Mientras estuve a su cargo, H no volvió a ver una sola jeringa.

Un día, en las horas en que nos quedábamos solos en casa, H me miró. Por primera vez fijó conscientemente la mirada en algo. Fue bonito verlo que miraba. Mamá le informó al doctor y él le dijo que aquello no correspondía a las reacciones del medicamento que le mandó suministrar. Fue lo único que ella me contó. Después –intuyo–, la consulta dejó de tener como eje el diagnóstico de H. TND (Trastorno Negativista Desafiante), –dijo el doctor–, su hijo también está enfermo.

Todavía retumban sus palabras: “Está haciendo lo correcto, señora”. Un brillo intenso encendió los ojos de H con los pocos recuerdos que le quedaban. Varias manos me sujetaron con fuerza. Cuando desperté, le busqué la mirada y volteé hacia el piso. Los recuerdos y él se habían cerrado para siempre. Lo demás no está al alcance de mi memoria. Lo único que supe fue que yo también era H, igual que él, igual que muchos.





# Las heridas de la madre tierra

Héctor Gabriel Pérez Soriano  
Lic. en Diseño Industrial UAA, 7° semestre

## **Agujero en la capa de ozono**

Caen retazos del sol  
en tus pupilas.  
La luz y el calor se arquean  
sobre la oquedad del iris.

Respiros sintéticos  
fisuran tus pulmones.  
Las brasas del aliento  
entintan paisajes heridos.

## **Derretimiento de los polos**

Montañas de sal son tamizadas.  
La nostalgia es una marea roja  
que mancha la verdad de culpa.

Campanas de hielo  
retumban en un mar de recuerdos,  
se fracturan y mueren  
entre los pliegues de una ola.

## **Derrame de petróleo**

Pecados líquidos  
se fermentan entre las llagas rocosas  
de donde bebe la conciencia.

Tu cuerpo es de un oro oscuro  
que se derrama sobre el alma.  
Mareas negras se materializan  
en cada respiro de la vida.







*Humanidad*, Omar Alberto López Muñoz (HOC Studio).

# La Letra<sup>1</sup>

Lucas Lucatero  
Lengua y Literatura Hispánica UNAM, pasante

## ¡La Letra de la muerte!

**S**í, yo soy de La Letra. Nací y crecí en Ciudad Valles. Yo fui quien planeó la rafagueada a la procu de allá. Llegué aquí hace un año. Me gusta la racita de acá, las morras están más güeritas, más buenas que en Valles. Ta' bueno, ta' bueno, voy al grano... Salimos en nuestra estaca, como a las cuatro de la mañana, a la búsqueda de la Princesa; empezamos con la avenida Salvador Nava. Vicente, de la vieja escuela, manejaba a cien por hora un Eclipse con placas de Nuevo León, algo común en San Luis (las placas, no el Eclipse). Subimos los puentes y bajamos en chinga.

El viento se metía por las ventanas y nos pegaba en las jetas, por eso se me subió más la borrachera. “Inje” (así se autonabraba por haber estudiado Ingeniería Química en el Heroico Colegio) nos dijo, con particular emoción, que pusiéramos ésa de *Chuy y Mauricio*, canción que le provocaba unas tremendas ganas de coger, pero sobre todo de matar (cada vez que saldábamos una deuda se iba con su “novia” en turno o a un congal). Pensé que era una buena señal.

¡¿Dónde estaba la pinche Princesa?! Como no la encontramos en el bar de la carretera a Río Verde —y se supone que es la mera mera de ahí— me agüité y me puse pedo. A eso de las tres y media, Chente me dijo que ya la habían localizado por el Tangamanga. Me fajé la escuadra y nos fuimos.

“Inje” se metió un pericazo y sacó su fierro. Nos dirigimos al lugar indicado y justo cuando me bajé —te recuerdo que iba muy pedo—, que nos avientan una descarga de cuerno; de pura suerte no nos mataron. “Inje” era el chinguetas, agarró la Uzi (nosotros no usamos cuernos,

---

<sup>1</sup> Es 2010 y la guerra contra el narco del entonces presidente Felipe Calderón Hinojosa se ha salido de control. En diversos estados de la República Mexicana, otrora pacíficos, brotan los primeros daños colaterales.

se nos hace muy naco, sino pura tecnología italiana como la *Cosa Nostra*) y ¡pum, pum, pum! En corto, ja, ja, ja, ja.

Era una casa muy bonita; entramos como si nada, yo iba al final. Nos chingamos a tres, ¡sí, todos jotos! Cuando tomamos la planta baja aproveché que no había balacera para echarme un lineazo, quería que se me bajara la peda. Charcos de sangre por aquí y por allá. Boquetes en las paredes causados por la Uzi. Fuego nutrido desde las escaleras de mármol, desde donde imaginé que subía la princesa vestida con un escote rojo, lista para que se la cogiera un pinche degenerado panzón, d'esos que abundan en Ciudad Victoria, Madero y Altamira, en Tamaulipas, o aquí mismo, con esos potosinos piojosos que aguantan todo, porque la Princesa es puto... o puta. Siempre me confundo con eso... *Okey, that's right*, está bien, me voy a dirigir como si se tratara de una morra.

Tuvimos resistencia en el segundo nivel. Me envalentoné con la coca y descargué a lo pendejo por el pasillo. Le dije a Vicente que me hiciera el paro, me cubrió hasta las habitaciones y allí se chingó a otros dos maricones. Me metí otro lineazo. A rajamadres inspeccioné el último cuarto y no había nadie. Habíamos matado a cinco cabrones vestidos de vieja... ¡y nada de Princesa! Cuando estaba en la azotea (tú más que nadie sabes que siempre hay que inspeccionarla y que es la parte más difícil y peligrosa), el cielo clareaba como a pujidos; cada que veo un amanecer me malviajo. Me quedé callado e “Inje” lo interpretó como que yo estaba emputado y entonces se prendió un porro (una mota buenísima que le habíamos confiscado al Chapo allá por Ojuelos), me lo pasó y le fumé varias veces hasta que el sol coloreó de melón claro las paredes de la casa.

Así como llegamos, nos largamos. Como a diez cuadras apenas venía una patrulla de la Estatal a ver qué había pasado. No creas que buscábamos a la princesa dioquis, sino porque se había metido en nuestro territorio. Fíjate, pasaba su cargamento por la 57, de aquí de San Luis hasta Santa María del Río, cobraba peaje a los trailers y si no pagaban les quitaba la carga a punta de metrallera. Había matado a unos federales para echarnos la culpa, en especial a mí, al Sapo, al inigualable z-99, el patrón de todo San Luis Potosí. Mis fuentes en la Huasteca me contaron que una semana atrás sus sicarios pararon un tráiler en la México-Laredo —como veinte kilómetros antes de llegar a Valles— y descabezaron al chofer, lo quemaron junto con su *John Deere*; atravesaron el

tráiler en llamas en la carretera, rafaguearon un carro particular de una familia que venía de Tamuín y se largaron quemando llanta.

Antier me dijo Chente: “Sapo, El Dedo nos informó que la princesa está en una casa de seguridad del CDG en Balcones del Valle, cerca del Tec. de Monterrey”. No, pos ya te imaginarás, cargamos con lo mero chingón, porque en una casa con seguridad puede haber hasta treinta cabrones armados hasta el fundillo.

A las cinco de la mañana “Inje” despertó a esos batos con un bazucazo. Les grité: “Hijos de su puta madre” y disparé a las ventanas. Fuego a rajamadre. “Préstame esa chingadera que estos cabrones ya me están cayendo gordos”. El cañón pesaba como cinco kilos, me lo puse en el hombro, “Inje” cargó y yo apunté en dirección a una de las ventanas. El corazón se me aceleró de pura emoción cuando vi cómo el proyectil se llevaba de un jalón la ventana y explotaba en lo que creo era la sala. Le ordené a Vicente que pusiera el disco de Beto Quintanilla.

—Pero Sapo, me pueden poner como alcantarilla, el parabrisas queda directo a la ventana—, dijo Chente.

¡Que lo pongas, chingao! Pon la de Tony Tormenta. Vamos a distraer a estos cabrones”. ¿Ya te conté que conocí a Tony Tormenta cuando yo todavía andaba con los Golfos?... bueno, ésa es otra historia.

Dejé que sonara el acordeón y que cantara Beto Quintanilla, les dije que era el tiempo justo para echarnos unas líneas y para que los termináramos de ensartar. “Inje” recargó la bazuca y disparé, ahora, hacia la puerta. Todos calladitos, nadie respondió.

“Inje” entró y disparó; yo lo seguía y Chente atrás de mí. Dos batos estaban en la sala con la cara destrozada. Allí todo se cerraba, sólo había escaleras. ¿Por qué siempre hay escaleras en las casas ricas? Una mala corazonada me apretó los huevos, entonces le grité a “Inje” que no subiera a lo pendejo, pero él ya estaba en el primer piso cuando sonó una descarga de cuerno.

Alejandro, así se llamaba el “Inje”, se alcanzó a llevar a uno antes de que le dispararan; estaba todo ensangrentado, pero todavía respiraba. Le dije que se tranquilizara, que yo le cuidaría a su jefecita allá en Victoria, que no había pedo. Cerró los ojos. Ahí fue cuando me encabroné de a veras.

Corté cartucho a la recortada y después le susurré a Vicente que me consiguiera un trapeador; casi le meto un chingamadrazo con la culata cuando se rió. Tomé el trapeador por el extremo y lo asomé por



el espacio que siempre hay entre las escaleras y el primer piso (eso lo aprendí cuando estaba en la unidad especial del ejército). Era solamente uno. El pendejo disparó en cuanto se asomaron los primeros pelos, así supe en qué punto estaba colocado; en chinga subí y cuando la entrada del cuarto quedó abierta a las escaleras con un disparo le volé el tórax.

Al llegar a otro cuarto, se resistieron machín, pero la libramos gracias a unas macetas de barro que estaban sobre el pasillo. Chente se percató de que la pared que unía los cuartos era de madera; sacamos el cuerpo de “Inje” de la primera recámara, lo acomodamos en el pasillo. Chente le quitó la espoleta a dos granadas, yo a otras dos, y las aventamos hacia la pared. Nos agachamos. Ja, ja, ja, ja, hasta el suelo se nos movió ja, ja, ja, ja. Me asomé con discreción y para mi sorpresa la madera había aguantado, sólo tenía un boquete como de medio metro. “Chente, pásame tres granadas que me voy a chingar a estos putos por lo que le hicieron a ‘Inje’”. “¡Va por ti, mi Alex!”. En cuclillas, me acerqué hasta el hoyo por donde aventé primero a dos y después a la última de las palomas. En chinga abrieron la puerta y se echaron a correr. Eran tres. Ja, ja, ja, ja, ja parecían ratas, pero Chente los masacró en el pasillo.

El segundo piso nos dio más batalla. Encocainados hasta el rabo, tristes y emputados por la muerte de “Inje”, subimos y disparamos a las puertas de los cuartos. Vicente iba atrás y me sorprendió su grito: “¡Agáchate, Sapo pendejo!”. Como sabrás, si una paloma cae cerca, lo único que queda por hacer es poner pecho a tierra porque la explosión es como un triángulo invertido. Cayó como a tres metros. Los oídos se me taparon bien gacho, después aventaron una granada de humo. Estuvimos así como diez o quince minutos, escuchábamos las descargas como en fiesta de rancho, yo disparaba hacia arriba a lo güey. Cuando se despejó, me encargué de un cuarto y mi compa del otro (no nos fueran a chingar a los dos juntos). En cuclillas me pegué junto a la pared y le disparé a la chapa. Abrí la puerta con un patín y me recibieron con balazos de una *Desert Eagle*, de pura suerte no me metieron uno. ¿Cómo supe que era una *Desert*?, ¡otssss!, te digo que en el ejército nos entrenaron bien, te puedo identificar el tipo de arma por la detonación a un kilómetro de distancia. Habían volteado la cama para protegerse, pero en eso un cabrón asomó la cabeza por encima del tambor de madera y aproveché para volarle los putos sesos, corrí para sorprender al otro: era un mocososo como de diecisiete años que estaba acurrucado y no dejaba de llorar. Le dije: “¿No que muy chinguetas, morrillo?, ¿dónde está la

pinche Princesa?”. Me contestó: “Chinga tu madre, no te voy a decir”. Entonces saqué un cuchillo, de ésos que traen los marinos, que es como un machetito, y le rebané su cuellito. —¿Qué se siente? No te hagas pen-dejo, si se te ve que tú también has matado— (acá entre nos, se sienten las manos calentitas, rojas, luego pegajosas). Después llegó Chente a decirme que la otra habitación estaba limpia, pero nada de Princesa, ni una nota, ni una pista, nada. Antes de irnos me apañé la Desert Eagle, estaba rechula: era de plata, la cache de oro puro brillaba con la luz y tenía grabadas la imagen del estado de Tamaulipas y las iniciales CDG.

Subimos al Eclipse y alcancé a meter el cuerpo de “Inje”. Vicente iba a manejar; el encendido del motor ocurrió al mismo tiempo que una intensa lluvia de proyectiles procedentes de la azotea. Con las prisas se nos había olvidado limpiar las armas. Una bala le atravesó el cuello, otra la cabeza y ahí quedó. Lo hice a un lado para ponerme en el volante, le pisé y salí como alma que lleva el diablo; de la zona *nais* de San Luis hasta el distribuidor hice cinco minutos. Me sentí más solo de lo común, a mi lado tenía los cadáveres de quienes habían sido mis compas desde que ingresé a La Letra. El olor a pólvora me provocó sed. Admiré los brazos fuertes de un puente que lleva a todas las direcciones de la ciudad, luego tomé la carretera a Zacatecas.

En ese momento me cayó el veinte de que ustedes estaban con los Golfos porque nunca me habían interceptado en la carretera a Zacatecas; la teníamos comprada para salir de emergencia, en caso de necesitarla. Un azul me indicó que me parara a la altura de una iglesia a la que le dicen Santiago. Ni madres que le hice caso. Ahí se armó la fiesta. El día que me nombraron jefe de la plaza de San Luis mandé a hacerme un crucifijo de oro; sí, un crucifijo (yo no creo en la santa, ni en el diablo, aunque muchos digan que somos satánicos) con un diamante como cabeza de Cristo y una Z grabada en el centro; lo apreté fuerte y aceleré más. La euforia de la persecución me despertó un hambre de fuego, de sirenas, de sangre...

Eso de que no usamos AK-47 es verdad a medias, porque para esos casos era más que necesaria, la recortada es pésima a grandes distancias; la Uzi a veces se calienta y se traba, por eso siempre traíamos un cuerno que nunca habíamos usado, sino hasta esa noche. Al ver el retrovisor ya traía tres trocas de la Federal, si me paraba más adelante, en la mera carretera, iban a tener más espacio para disparar desde cualquier punto. Sí, ustedes, putos. Es más, si no me hubiera tropezado ahorita no





*Seres culpables*, Israel Alejandro Muñiz Rodríguez (IG: @alejantrophy).

estaría aquí, o me hubieran chingado o mis refuerzos hubieran llegado en corto y no tardarían en partirlas toda su madre. ¡Aaah! Espérate, cabrón. ¡Aaah! Sí me dolió. ¡Aaah! ¡Ya está bueno!

Entonces decidí parquearme afuera de un Aurrerá. Estrellé el Eclipse en la cortina de colores verde, amarillo y rojo, justo en las ofertas de Mamá Lucha, para tener más protección. Luego, luego, empecé a rafaguearlos, bajé a Chente y a “Inje” para que me sirvieran de escudo. ¡Hasta muertos me hacían el paro! Tiré hacia la primera camioneta y le di al conductor, el pendejo fue a estrellarse a una barda del súper; la segunda unidad se paró a distancia, no bajó ningún azul y eso me dio tiempo de acomodarme. El paso que di hacia atrás fue el momento fatal. Me tropecé con el cuerpo de “Inje”.

¿Dices que fuiste tú el que me disparó? ¡Sí, a güevo! Tuvo que ser una fusca, si es con un cuerno me desmadras la pata. La pierna me quemaba. Como pude, me levanté, pero ya me tenían encañonado cinco azules. Tú me lanzaste tremendo patín a la cara, te juro que no esperaba ese putazo que me noqueó y me fracturó la quijada. Es lo último que recuerdo. El resto ya lo sabes: me trajeron a la comandancia y me echaron un bote con hielos para despertarme. Me daban hasta por debajo de los güevos, no podía hablar y ya ni sentía dolor; era como si fuera un hormiguero entero con chingos de hormigas.

Volví en mí dos días después en el hospital de la Federal. A ti fue al primero que vi, vestido con tu uniforme de gala, ofreciéndome una caja de chocolates Costanzo rellenos de rompopé. Me saqué más de pedo cuando preguntaste si alguna vez había visto a la Princesa sin maquillaje, que tenías medio año tras de mí, que mucho te había costado caerme chido y hacerte amigo de Vicente... ¡A güevo!, ya me acordé. Fue en el cumpleaños de Osiel, en Tampico, pero eso ya tiene rato, ¿tres años? Me reclamaste que te cogió un jefe de plaza porque con tus pinturitas te ves bien guapa, así me dijiste.

Pos'ora que lo pienso, no, nunca la vi sin sus chingaderas en la cara; y sí, ora que lo pienso, sí te pareces mucho a la Princesa.



# Cambio letras por oxígeno

Katía Gabriela de Alba García

Lic. en Ciencias del Arte y Gestión Cultural UAA, 9º semestre

Voy a decirte que en México hay crisis,  
(si aún no te has enterado)  
que igual y volvemos a los ochenta,  
cuando la gente se moría de hambre  
y las personas se colgaban de postes en medio de la vía pública.  
Pero nadie se enteró, ¿verdad?

Se mataban porque no tenían nada,  
pura purga,  
agua pura,  
pura agua.

Murieron 186 poetas en el aire.  
O’Gorman pasó sus últimos días leyendo a Tolstói,  
mientras Goitia preparaba su féretro.  
Los dramaturgos no pueden pagar papel.

¿Dónde vendemos arte?  
¿Cuánto tiempo me das, México?  
Pura agua,  
purga pura,  
pura nada.

Cambio letras por oxígeno.  
Discúlpalos, Elena. Yo te habría publicado.



*Contrastes, Paty Esparza (HOC Studio).*

